

ciencia artística de cada poeta en particular. Si es así, resulta irri-  
tante el que se pidan disculpas por «admirarlo todo», o sorprenderse por todo,  
que es lo mismo. Es como disculparse por vivir y seguir viviendo. Como  
confesarse de un robo sin restituir lo robado.

Pero hay otros poemas en el libro de Vallverdú mucho más coheren-  
tes, incluso algunos que, como «Adolescència» (pp. 29-30), responden  
enteramente a las «motivaciones históricas inmediatas» de que habla  
Castellet en su prólogo. En otros, esas motivaciones se trascienden,  
cobran la calidad de una crónica histórica. Tales son «Barri Quint de  
Postguerra» (pp. 31-32), «Lectures» (pp. 43-44) y «Dietari Nadalenc 1962»  
(pp. 45-47).

Volvamos al interrogante cuya respuesta hemos aplazado. ¿Hay  
que negar valor alguno a la poética de Vallverdú, puesto que se la  
justifica como producto de un momento determinado? El lector que  
haya llegado hasta aquí habrá adivinado ya la respuesta. No, no puede  
negarse valor a su poética utilizando esos supuestos. Si se le niega  
habrá que hacerlo con auténticas razones. Y éstas no podrán invocarse  
en tanto el poeta no se nos muestre de forma total, sin las limitaciones  
exteriores que presenta *Cada paraula, un vidre*.—JOSÉ BATLLÓ (*Garcilaso*, 231. BARCELONA).

## UNA ANTOLOGIA IMPORTANTE

Juan Ferraté, catalán de 1924, es un erudito y crítico que ha ido  
serpenteando por las entrañas de la literatura sabiendo sacar de allí  
lo más decisivamente importante, o lo más alejado, desposeído u ol-  
vidado de la consideración general. Obras como *Teoría del poema* (1)  
o *La operación de leer* (2) son prueba de una aguda sutileza crítica en  
cuestiones tan decisivas, tan complejas y tan amplias como son el  
*poema* mismo o la propia tarea de *la lectura*, verdadera —hoy— cen-  
tina de la literatura. Añadamos sus dos obras sobre temas concretos  
—su inicial *Carles Riba, avui* (3) y esta importante antología de poetas  
griegos arcaicos (4)— y tendremos el panorama bibliográfico de Juan  
Ferraté, profesor actualmente en la Universidad de Alberta (Canadá).

(1) Biblioteca Breve (núm. 115). Barcelona, 1957.

(2) Biblioteca Breve (núm. 171). Barcelona, 1962.

(3) Editorial Alpha. Barcelona, 1955.

(4) «Líricos griegos arcaicos. Antología». Seix Barral. B. Breve. Barcelo-  
na, 1968; 360 pp.

Filólogo de firme y amplia formación clásica, Ferraté ha logrado una obra que viene a llenar un vacío, una zona de nadie, de nuestra vida literaria. Recuerdo en mis estudios de bachillerato—el panorama me consta que no ha variado sensiblemente desde entonces, pues ahora soy yo quien hace estudiar a los bachilleres la literatura—que en los capítulos de literatura griega de nuestros manuales la lírica era poco menos que inexistente. Alusiones, leves y de pasada, nos informaban de una poetisa llamada Safo; de un poeta entregado con fervor a cantar la vida en sus manifestaciones de más pujante impulso llamado Anacreonte; o, todo lo más, sabíamos de un poeta triunfalista, de empuje casi heroico, que cantaba a los vencedores de los juegos olímpicos, píticos o de cualquiera otro de los santuarios griegos. Era Píndaro. Nada más.

La lírica griega, pues, era prácticamente ignorada y su estudio tampoco era materia difundida. Recuerdo que hasta se la aludía como manifestación de inferior categoría frente a la epopeya homérica, acaparadora de párrafos y más párrafos. Quizá por todo esto el trabajo de Juan Ferraté, que con gran complacencia nos atrevemos a comentar hoy, reúne un doble interés: el casi descubrimiento y exhumación de una obra y de unos poetas sin lugar a dudas interesantes, por una parte, y el trabajo erudito y de investigación profunda que ha precedido a este volumen clave, desde ahora, en nuestro panorama bibliográfico. Con él se pone no sólo al alcance de los especialistas, sino del público más o menos interesado por la historia del fenómeno poético, una selección meticulosamente ordenada y traducida con fluidez y acierto de los poetas menos difundidos de la ya exigüamente difundida lírica griega antigua.

Añádase a esto aún la edición conjunta de la traducción de Ferraté con el original griego, lo que ofrece la posibilidad de cotejar e interpretar el texto originario a los lectores interesados en ello.

#### UN PRÓLOGO

Hechas estas aclaraciones, elogiosas porque no cabe otra postura ante tan ingente esfuerzo de autor y editorial, podemos pasar a analizar las dos partes netamente definidas del libro: el prólogo y la selección antológica. La edición se completa con un apéndice de notas que recogen las otras ediciones, de traducciones o versiones de los poetas aquí integrados.

Me parece importante destacar, antes de nada, la mesura y ecuanimidad que presiden las escasas cuarenta páginas de la introducción.

La justeza y buen sentido de las que hace gala nuestro autor. En contra de esas soluciones —por otra parte muy comunes— de los prólogos arrogantes y pretenciosos, Ferraté se limita a explicarnos, a introducirnos en su labor anterior a la publicación; nos explica las razones y no nos habla —quizá paradójicamente— de las excelencias de sus antologizados. Algunas veces, con muy buen criterio, nos expone las limitaciones de algunos de ellos. En las tres partes en que se divide el texto introductor, Ferraté justifica su trabajo como traductor; nos explica el enclave general —literario e histórico— de los poetas seleccionados, y nos hace partícipes, en fin, de su ordenación en la antología.

Seriedad y verdad. Se ha adquirido un compromiso con aquellos poetas lejanos en la historia, desconocidos, prácticamente, en la literatura: traerlos ante el lector de hoy tal como fueron y escribieron. «Específicamente, en el caso de la poesía, el traductor debe ofrecer al lector —dice— un texto provisto de recursos suficientes para forzar la atención del lector a ajustarse a los requerimientos del texto en cuestión. *El texto mismo debe persuadir al lector, con sus propios recursos, de que merece leerse como poesía* y con la atención peculiar y sostenida requerida por la poesía» (5).

Esta afirmación —muy significativa— da prueba de una humildad frente a la obra digna, por sí misma, de toda alabanza. Lo que ya es bastante. También es prueba de un trabajo nada ligero ni descuidado la preocupación firme por adaptar —dentro de lo posible— estos metros griegos a la métrica española (endecasílabos y alejandrinos) y el mantenimiento unitario de esta adaptación «dentro de cada fragmento o grupo de fragmentos conexos, una vez elegida libremente la forma a emplear en cada caso».

No me parece, entonces, que exista una limitación erudita para la consideración y acceso a esta antología. El uso del endecasílabo o del alejandrino, primordialmente, nos hace adivinar una filiación popular, amplia y directa, en los textos aquí vertidos. Si añadimos a esto la simplicidad y elementalidad temática y expositiva —apuntada también por Ferraté en el prólogo— de que hacen gala cada uno de los poetas, nos afirmamos más en nuestro criterio. Entreabramos las primeras páginas de la antología. El poeta que escribe es Calino:

*¿Hasta cuándo estaréis recostados? Jóvenes, ¿cuándo  
tendréis un pecho valiente? De tanto abandono  
¿no os avergüenzan los pueblos vecinos? ¡Pensabais quedar  
en paz, y a todo el país lo tiene la guerra!*

(5) El subrayado, en éste como en los otros textos tomados del original, es mío.

¿No existe claridad, rotundidad, a la vez que simpleza, tratamiento directo y elemental de la cuestión en estos cuatro primeros versos?

Otro punto en el que Ferraté insiste, y donde me parece radicar el centro de atracción más poderoso hacia donde hemos de dirigirnos al encontrarnos con la antología, es el valor circunstancial, la función real e inmediata «que la lírica de esa época ejerció *en relación con la vida contemporánea*, la del autor, la de su auditorio y la del entorno de cosas e ideas (reales a su vez o ficticias, no importa) con que cuentan ambos *autor* y *auditorio*, y al que la obra se refiere para evocarlo, aceptarlo, rechazarlo o *tratar de cambiarlo*». Despojándonos de la consideración de un interés más o menos inmediato que estos poetas y versos puedan tener hoy (interés relativo, si se quiere), esta afirmación de Ferraté nos hace comprender el valor contemporáneo actual, la vigencia—cuanto menos intencional—que obra en ellos. Afirma el autor que esta tendencia hacia la inmediatez (no tomando la poesía como objeto exento y absoluto, cargándose de un sentido parcial en la visión del mundo) parece oponerse al *gusto moderno*. No sé hasta qué punto es exacto esto. Quizá aquí el prólogo deja de ser lo suficientemente explícito. Lo cierto, lo evidente, es que toda esta lírica hinca sus raíces en lo verdaderamente vital, en lo verdaderamente humano, en la cotidianidad más esencial. Qué simpleza densa y profunda encierran, por ejemplo, estos versos de Solón:

*Es verdad, son ricos lo mismo, quien tiene abundante  
plata y oro, y yugadas de tierra triguera,  
y aun caballos y mulos, y quien otra cosa no tiene  
sino el solaz del vientre, el costado y los pies,  
y, cada vez que a eso venga, de una mujer o un muchacho  
la juventud; y lo tiene todo a su tiempo.  
Está ahí, la fortuna del hombre; pues nadie consigo  
carga, al partir hacia el Hades, los bienes que sobran,  
ni pagando rescate ahuyenta la muerte, ni el morbo  
desgarrador, ni la infame vejez inminente.*

Aunque pueda parecer una digresión, me interesaría hacer aquí un paréntesis y comentar la limpidez de este poema, la firmeza de sus convicciones, así como la pureza de sus ideas; portavoz de una verdad perenne. Dicho todo con la precisión que emana de su perfecta estructura; expresado todo con una serena emotividad, con una rebeldía—quizá—íntima, pero sin llegar a desquiciar las cosas, sin tomar ligera ni frívolamente la cuestión. Poetas hay—¡ay!—entre nuestros nuevos escritores tanteadores a ciegas de una forma poética desnuda, directísima, y que acaban en el callejón sin salida de la burda y chabacana expresión; a veces, de la retórica insulsa.

No sólo, pues, hay intuición, vida latente. Hay también organización intelectual del poema. No en vano Cavafis intentó la renovación, la nueva poesía popular, bebiendo en aquella fuente: sinceridad, verdad, pureza. A la vez que compromiso, valentía y discernimiento de la realidad histórica. No existe, ni en el uno ni en los otros, un intento de hacer historia heroica; hay una carga muy notable de *historia-verdad*: la que vive y hace el *pueblo-auditorio* que hace y vive; la que conoce el *autor-poeta* que, a la vez, la entrega a la consideración de aquél o trata, en última instancia, de dar o cambiar un testimonio fehaciente o una realidad reconocida como poco vigente.

#### UNA ANTOLOGÍA

Aunque, de pasada, se abunde en ciertos aspectos insinuados al hablar del prólogo, conviene detenerse —aunque sólo sea de una forma general— en la antología propiamente dicha.

«Los poetas representados en esta antología aparecen agrupados por géneros, en vez de ordenarse cronológicamente.» Elegíacos y yám-bicos, épicos los unos, más líricos los otros. Poetas del canto coral y poetas de la canción para una sola voz. Con sus similitudes o diferencias más o menos radicales. No vamos a entrar en consideraciones de tipo particular. Aludiremos, simplemente, a los caracteres temáticos o estilísticos que nos puedan arrojar un saldo favorable —o parcialmente positivo— en función de la *modernidad* de estos poetas y poemas.

La natural espontaneidad que existe en el planteamiento general de todos, o casi todos, estos poemas conduce al lector a una encrucijada curiosa: ¿son poemas difíciles, cerrados, agobiados por el peso de una simbología no del todo evidente? ¿O son, por el contrario, poemas simples, fáciles, de burda elaboración? Se plantea una disyuntiva entre lo hermético y lo elemental.

*Cada cual se afana a su modo. Hay quien en sus naves  
recorre el mar rico en peces, queriendo llevar  
ganancia a la casa, y lo azotan en tanto vientos terribles,  
y no pone a su vida resguardo ninguno;  
otro se pasa el año laborando un terreno plantado,  
sirviendo al que tiene a su cargo los curvos arados;*

(Solón, 600 a. C.)

Quizá podamos extraer de esta manera simple de fabricar el poema una más o menos directa lección útil para quienes procuran una poesía

directa e inmediata como la que, al parecer, intentan nuestros últimos poetas (6). La poesía actual española, la que empieza a asomar su rostro a la ventana del ruedo literario, adolece —apenas nos fijemos— de una sólida formación estética. Estos jóvenes —el hecho es bien claro— saben qué tienen y qué quieren decir; pisan un terreno firme en lo que a renovación temática se refiere. Ahora bien: la expresión —enmascarada de libre, y quizá no tan libre como parece, sometida más bien a resplandores que ciegan en vez de orientar las más de las veces— se afana en ser directa e inmediata, yendo a desembocar en lo ramplón, en lo descuidado. Estos poemas reunidos aquí —¡qué gran lección sería leer atentamente esta antología con verdadero espíritu crítico— nos encaminan a un mundo expresivo y estético en verdad sorprendente.

¿Se puede dar mayor rotundidad y plenitud —por ejemplo— en poema tan sencillo como en estos versos de Arquiloco (650 a. de C.)?:

*Con un vaso, anda, ve por los bancos del ágil  
navío, saca el tapón de los jarros panzudos,  
y viértenos tinto hasta llegar a las heces: serenos,  
no podemos, nosotros, hacer esta guardia.*

No sé hasta qué punto pueden ser interpretadas mis afirmaciones —algo superficiales, es verdad—, pero de lo que sí estoy cierto es de que en toda esta temática, y más en toda esta concepción técnica y estilística de los arcaicos griegos, hay materia aprovechable para una poesía más actual, más inmediata y verdadera como la que, al parecer, intentan nuestros jóvenes poetas.

Bien es verdad que en todo este mundo poético de los líricos griegos, maravillosamente desvelado por Ferraté, obra una presencia muy característica e importante: el elemento mitológico, el mundo de las divinidades al alcance de cualquier mano. El hombre griego era partícipe de este mundo —tan real como el del ágora—, y en su mundo mental actuaban simultáneos los dos planos de realidad. La poesía se abre entonces a una concepción más amplia y dilatada, pero sin perder sus ataduras de veracidad y realidad. Los dioses vivían, actuaban, tomaban a los mortales en matrimonio y éstos podían tratar de tú a Eros, a Zeus, a Hermes o a Dionisos.

---

(6) Concretamente, podemos citar las dos más recientes antologías publicadas por *El Bardo*: «Doce jóvenes poetas españoles», Barcelona, 1967, y «Antología de la nueva poesía española», preparada por José Batlló, Barcelona, 1968. En muchos de los nombres antologizados —sobre todo en la primera— aparece bien notoria esta intencionalidad que apuntamos.

Cuando, en el arca fina, sintió el soplo  
 del viento y la corriente  
 del mar revuelto, a Dánae  
 le entró miedo y, con las mejillas húmedas,  
 se echó sobre Perseo y, abrazándolo,  
 dijo: «¡Qué pena tengo,  
 hijo! Pero tu sueño no se turba,  
 y duermes, no pensando  
 sino en mamar, en este leño triste  
 claveteado de cobre, que en la noche  
 reluce, y donde sólo  
 la oscuridad azul  
 te arroja. No te importan  
 ni el agua que te pasa por encima  
 sin tocarte el cabello, ni el bufido  
 del viento: siempre apoyas  
 la hermosa cabecita en la frazada.  
 Si te espantara lo que causa espanto,  
 ya habrías dado oído a mis palabras.  
 Quiero que duermas, niño:  
 y que se duerma el mar, que al fin se duerma  
 esa aflicción inacabable. ¡Que haya  
 un cambio, padre, Zeus,  
 Por tu merced! ¡Ay, si cualquier palabra  
 injusta o temeraria hubiese dicho  
 al suplicarte, perdónamelo!»

(Simónides, 520 a. C.)

Existen, pues, dos mundos que se complementan en valor e intensidad, lo que, indudablemente, da mayor densidad a temas y expresiones de esta poesía griega, aparentemente apoética, pero habitante de un mundo que, *necesariamente* vivió la poesía desde una atalaya muy cercana a la propia vida.

No me sustraigo, como colofón a mis disquisiciones en torno a este estupendo libro, a veces disgregadas o inconexas, a transcribir una elegía de Simónides (630 a. de C.), con la que se cierra la parte segunda del texto antológico, y donde se condensan los caracteres más destacados que hemos ido observando.

Dijo una cosa muy bella el poeta de Quíos:  
 «Como brotan las hojas, igual se suceden los hombres.»  
 Pocos son los mortales que prestan oído  
 y guardan en su corazón la sentencia; y es que en todos vive  
 la misma esperanza, que prende en el pecho del joven.  
 Mientras goza un mortal de la amable flor de sus años,  
 tiene el ánimo leve, y discurre imposibles.  
 No espera que habrá de venir la vejez ni que debe morir,  
 ni, mientras tenga salud, repara en el morbo.

*Necios, esos que pïesan así y que no saben que es corto  
el tiempo que duran la juventud y la vida  
del hombre. Tú, desengáñate, y ya que vivir tiene un término,  
esfuérzate, y déjale al alma que goce del bien.*

Creo que serán suficientes estas muestras para señalar la importancia de este libro—importancia activa, desde luego—y para que, desde hoy, la poesía griega sea no sólo conocida, sino difundida con el interés e intensidad que merece, máxime después de esta afortunadísima salida de la mano documentadísima y ágil, en lo que a traducción respecta, de Juan Ferraté.—JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN (*León y Castillo, 174. LAS PALMAS DE GRAN CANARIA*).

## EL NATURALISMO DE GALDOS Y EL MUNDO DE LA DESHEREDADA \*

Cuando Galdós escribe *La desheredada* confiesa que se halla en «la plenitud de la fiebre novelesca», que da por resultado la redacción inmediata de *El amigo Manso*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas* y *Lo prohibido*, serie que denota el conocimiento de las nuevas técnicas novelescas del naturalismo. El documento humano de estas novelas es impresionante. La denuncia social, evidente. Galdós ha hecho suyos los tópicos de la «bestia humana», la «tara hereditaria», el «medio ambiente», lo «patológico», el «caso clínico», el «personaje colectivo», la «lucha por la vida», la «selección natural» y otras premisas de la novela experimental. Con toda la experiencia novelesca de sus libros anteriores, las novelas de tesis *Doña Perfecta*, *La familia de León Roch* y *Gloria*, y los *Episodios Nacionales* de la primera serie, el escritor acepta con voraz curiosidad las nuevas maneras de la estética naturalista de Zola y las aplica a su obra al modo galdosiano.

*La desheredada* es el primer ejemplo de la aceptación de la técnica naturalista en lo que se refiere a lo externo, sin que Galdós profundice en filosofías, pues Galdós, como E. Pardo Bazán, siguen estando muy lejos del positivismo materialista de Zola. Ese pesimismo feroz del francés jamás dará amargura a la novela galdosiana.

*La desheredada* se abre grandiosamente con la descripción de un personaje colectivo: un manicomio, y todo lo que sucede en aquel espantoso lugar de finales del siglo XIX. Otros novelistas han descrito un

\* BENITO PÉREZ GALDÓS: *La desheredada*. El Libro de Bolsillo. Alianza Editorial. Madrid, 1967.